

CAPÍTULO 7: SALVACIÓN POR LOGROS

Me opongo a todo lo que anule o minimice la muerte de Cristo en el Calvario. Él derramó allí su sangre para nuestra salvación, y nada más puede añadir a esa salvación. Y la práctica de lo que yo llamo salvación por logros hace exactamente eso: resta importancia a la santidad de la sangre expiatoria de Cristo.

Escribir este capítulo ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. No quiero molestar a la gente. Me duele profundamente tener que hablar desfavorablemente de cosas que algunas personas aprecian más que a Cristo. Cosas que les hacen sentir bien. Cosas en las que han invertido tanto tiempo y esfuerzo. Cosas que les ha llevado la mayor parte de sus vidas lograr. Permítanme ilustrarlo.

Unos meses antes de que Hilda y yo nos mudáramos a California en 1992, un ministro visitante dio el mensaje de la 1:00 en la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Vestel Hills en Binghamton, Nueva York. El hombre habló sobre el tema de la auto santificación, y durante unos 45 minutos describió con gran detalle nuestra solemne necesidad de buscar la perfección para que cuando Jesús regrese, le quede muy poco por hacer para que seamos tan perfectos como Él.

Para dejarlo lo más claro posible, dijo: «Voy a decirles algo, y espero que no me interpreten mal. Espero que no piensen que estoy alardeando. Mi esposa y yo llevamos muchos años trabajando en el proyecto de la santificación, y hemos llegado a la conclusión de que hemos alcanzado el 95 por ciento de perfección. Si Jesús viniera mañana, sólo le quedaría ese 5 por ciento por perfeccionar».

Un nuevo converso que se presentó más tarde me dijo que la declaración del predicador sorprendió a mucha gente y desanimó a muchos.

El joven y su esposa sintieron que nunca serían salvos si tenían que hacer todas las cosas de las que habló el ministro. Mi deseo en este capítulo es ayudar a mis semejantes mortales a tener una relación con Cristo en la misma medida que la que experimentaron los primeros cristianos. Una experiencia que sea una evidencia rotunda de la aprobación de Dios a nuestro caminar cristiano, una experiencia que dará como resultado que nuestras oraciones sean respondidas de manera milagrosa. Sin embargo, al mismo tiempo, sé que mis palabras molestarán a muchos, y que recibiré paquetes de cartas que me dolerán profundamente. Incluso pueden hacerme llorar ahora que me estoy volviendo viejo y blando de corazón.

Cuando escribí mis dos libros sobre la oración, luché con la intensa convicción de que debía incluir un capítulo sobre mi propia experiencia con la salvación por logros, pero abandoné la idea después de convencerme de que si Dios quiere que la gente abandone esa práctica, tiene muchas maneras de hacerlo. Pero desde que leí el libro de Clifford Goldstein, *El remanente*, creo que tengo la obligación hacia mi Salvador de escribirlo ahora.

Fue en el otoño de 1946, en Montreal, cuando comencé a estudiar la Biblia con Cyril y Cynthia Grosse y rompí mi afiliación con los adoradores de espíritus (véase *Un viaje a lo sobrenatural*). En abril de 1947, me bauticé y me uní a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En septiembre de ese año, Hilda y yo nos casamos y, poco después, transferimos nuestra membresía a la congregación adventista del séptimo día de Francia.

Dos meses después dejé mi trabajo en la fábrica de bordados y me convertí en colportor. Vendí nuestros libros a los franceses de Quebec durante más de seis años. Durante los primeros seis meses, el Señor me bendijo y mis ventas florecieron a medida que el Espíritu de Dios movía a la gente a comprar nuestros libros.

Entonces el primer anciano de la iglesia, el señor Gaulin, una persona de carácter paternal de unos 50 años, me sugirió que me asegurara el continuo favor de Dios prestando más atención a la forma en que comíamos Hilda y yo. No dejaba de hablar de una dieta pura y de cómo debíamos prepararnos para ser uno de los 144.000.

El señor Gaulin quería que fuéramos un ejemplo para los demás adventistas que no vivían según sus principios de reforma pro-salud. Todos los fines de semana nos visitaba y nos contaba más sobre las cosas que no debíamos comer. Todo tenía que ser natural, y se alegraba cuando podía convencernos de que tiráramos a la basura alimentos perfectamente buenos que él consideraba una violación de sus principios de salud. Y esos alimentos no eran alimentos carnívoros ni nada impuro, porque Hilda y yo éramos vegetarianos en ese entonces. En agosto de 1948, nos hacía comer dos veces al día, y estaba verdaderamente convencido de que esa era la manera en que Dios quería que viviera su pueblo que guardaba los mandamientos. En esa misma época, me enfermé de lo que parecía un resfriado fuerte que no se me pasaba. Fui a la clínica ambulatoria de un hospital cercano, me hicieron un examen físico, radiografías de tórax y otras pruebas. Me dijeron que volviera en una semana para ver al médico. Antes de irme, recibí un formulario para que lo llenara en casa y lo trajera de vuelta. Requería que Hilda escribiera lo que comía todos los días durante una semana.

Cuando regresé, lo primero que me dijo el médico fue: «Señor Morneau, me sorprende que haya sobrevivido con la forma en que alimenta su cuerpo. Su estado físico se ha deteriorado hasta el punto de que, si una epidemia de algún tipo se extendiera por esta zona, probablemente sería uno de los primeros en morir. Su cuerpo está totalmente agotado, no tiene reservas físicas». Luego me preguntó si había estado en un campo de concentración o de internamiento. Respondí que no, y le pregunté qué tenía en mente. «Me inclinaba a creer que había estado en uno y que su salud nunca se había recuperado de la experiencia». Cuando dejé el ejército

después de la Segunda Guerra Mundial, pesaba 182 libras. Ahora la báscula del hospital decía que pesaba 138. Según recuerdo, estaba tan delgado que llevaba una camisa talla 14, y con ella abotonada en el cuello todavía podía deslizar tres dedos entre el cuello.

Lamentablemente, lo que me dijo el médico no me molestó en absoluto. Me había convertido en un fanático, un extremista, como el señor Gaulin. Estaba decidido a practicar la reforma sanitaria, aunque eso me hubiera costado la vida. Es un hecho establecido en el ámbito del comportamiento humano que el extremismo y el fanatismo paralizan la inteligencia. Pero yo no lo sabía en ese momento.

Durante otros tres años, sentí que estaba siguiendo el camino correcto, y el señor Gaulin nos decía una y otra vez que debíamos perseverar para obtener el favor de Dios. También decía que la dieta nos estaba bendiciendo con mentes más claras, lo que a su vez nos permitiría entender las cosas espirituales mejor que aquellos adventistas que comían tortas y helados en las reuniones sociales de la iglesia. Y además, estábamos demostrando a Dios que estábamos dispuestos a negarnos aquellas cosas que hacen que la gente coma entre comidas. Seguramente Dios debe estar muy contento con nuestros esfuerzos.

A veces me preguntaba si no estábamos yendo demasiado lejos, pero el señor Gaulin siempre decía: «No, no es así. Todo lo que estamos haciendo es seguir los escritos de Elena de White, que son tan buenos como la Biblia». Desafortunadamente, las cosas no habían ido bien. Las ventas habían sido difíciles de conseguir durante mucho tiempo. Yo creía que tenía que alcanzar un grado más alto de espiritualidad, uno que agradara al Señor, para que Él bendijera y prosperara mis esfuerzos. Y el señor Gaulin siempre estaba allí, recordándonos que la única manera segura de agradar al Señor era practicar la reforma pro-salud.

Un día, a mi fanático mentor se le ocurrió una idea nueva, una que estaba seguro de que convencería al Señor de que lo amaba por encima de todo y de todos los seres de la faz de este planeta. Seguramente ahora Él bendeciría las ventas de mis libros mucho más de lo que lo había hecho durante mis primeros seis meses como colportor. Habían pasado dos años y medio de desilusión y frustración, y yo estaba dispuesto a aceptar y hacer cualquier cosa que sintiera que me ayudaría a conseguir la atención de Dios. Mis oraciones parecían no llevar a ninguna parte, y me preguntaba una y otra vez: «¿Qué gran cosa podría hacer para llegar a Dios?». Estaba dispuesto a adoptar un estilo de vida monástico si Dios me lo exigía y me mostraba que esa era Su voluntad para mi vida.

Ahora me doy cuenta de que, debido a mi desnutrición, mi mente no podía pensar correctamente. Satanás casi había logrado, mediante mi extremismo y fanatismo, lo que había esperado hacer tres años antes: separarme de mi Redentor y llevarme a una tumba temprana.

Pero el «Dios de infinita misericordia» no se había olvidado de mí. Me permitió pasar por unos años de vida difícil para que aprendiera una lección que nunca olvidaría: que la salvación viene únicamente por medio de Cristo. Y que Él nos salva «no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3:5).

El señor Gaulin anunció que, después de mucha oración y estudio de los escritos de Elena G. de White, había llegado a la conclusión de que, además de comer sólo dos comidas al día y seguir una dieta pura, si ayunaba un día a la semana, Dios me miraría con buenos ojos y bendeciría grandemente mi trabajo.

Decidí seguir su sugerencia, diciéndome a mí mismo: «He hecho todo lo humanamente posible para conseguir el favor de Dios, y bien podría probar también esta nueva idea. Puede que sea lo último que

Dios me pida antes de bendecirme abundantemente». Así fue que día tras día subí las escaleras exteriores de las casas de tres pisos en la parte noreste de Montreal. Después de unos meses, estaba tan débil después de luchar por subir dos pisos con mi pesado maletín lleno de libros que me fue imposible subir el tercer tramo de escaleras. Empecé a sentirme mareado y temí perder el equilibrio y caer al pavimento. Entonces el Señor me hizo ver que Él no estaba dispuesto a bendecir mis esfuerzos abnegados como le estaba pidiendo que lo hiciera. Había llegado el momento de que Él me diera la vuelta y me enviara en una dirección totalmente diferente. Él me haría pasar por la escuela de los golpes duros para que pudiera mirarme a mí mismo con detenimiento. Y cuando llegase al punto en que pudiese verme como los demás me veían, especialmente el Señor, entonces mi manera de pensar y de orar cambiaría por completo. Finalmente, caería de rodillas y agonizaría ante nuestro Padre celestial por haberle quitado importancia a los méritos de la sangre divina que Su Hijo había derramado en el Calvario para mi salvación. Él perdonaría mis pecados de justicia propia y me abriría las puertas a una nueva forma de vivir para Dios, una forma en la que podría reconocer al Espíritu Santo obrando a mi favor, y podría ver mis oraciones respondidas todos los días. Entonces Dios coronaría mi vida con paz, contentamiento, y un sólido consuelo en Cristo.

UNA EXPERIENCIA QUE TE ALIGERARÁ

A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta era relativamente fácil entrar en las casas de la gente cuando les decía que me gustaría mostrarles algún material educativo. En una ocasión, un hombre bien vestido me invitó a entrar. Era su día libre en la oficina y tuvimos una conversación relajada con su esposa y su madre. Mientras les mostraba mis libros y me detuve para ver su reacción, de repente dijo: «Perdón por cambiar de tema por unos momentos. Sr. Morneau, ¿estuvo usted en el servicio militar durante la guerra?».

Le respondí que había estado en la Marina Mercante y en el Ejército canadiense. «¿Pasó algún tiempo en un campo de prisioneros de guerra?», continuó. En cuanto le dije que no, me respondió: «Disculpe la pregunta tonta. Debería haberlo pensado mejor antes de preguntarle eso».

El incidente causó un gran impacto en mi mente. Todas las mañanas, mientras me afeitaba sin la parte superior del pijama, al ver esos hombros y brazos huesudos desprovistos de los músculos que alguna vez tuve, el pensamiento de que no estaba honrando a mi Creador se repetía una y otra vez. Varias experiencias similares reforzaron la convicción de que mis intentos de santificarme a través de la dieta y la autodisciplina no parecían impresionar a las personas ni al Señor de manera favorable.

Entonces Dios, en su misericordia, envió a una persona que comenzaría a guiarme por el camino de la salvación únicamente a través de Cristo. Él me ayudaría a abandonar la salvación por logros y aprender a confiar totalmente en los méritos de la sangre divina de Cristo para alcanzar el importantísimo favor de Dios.

Andre Rochat y su esposa, Joyce, habían estado fuera por una misión en la iglesia durante unos tres años, y acababan de regresar a Canadá. Por supuesto, uno de sus principales intereses en ese momento era visitar la iglesia adventista francesa en Montreal, donde él había sido pastor durante varios años antes de partir al servicio misionero. El pastor Rochat había sido fundamental para ayudar a Hilda a aceptar las creencias adventistas en 1945, y había atendido algunas de mis necesidades espirituales en 1947.

El hombre tenía un gran tacto al tratar con la gente, y poseía esa percepción delicada de lo que se debe decir o hacer sin ofender. Podía hacer que la gente hablara de cosas que no le dirían a nadie más, un gran activo para su ministerio. Hilda y yo estábamos encantados cuando el pastor Rochat y su esposa vinieron a nuestra casa. Después de conversar un par de horas, él y yo salimos a

caminar un rato. Mientras caminábamos, él preguntó si alguna enfermedad había hecho que Hilda perdiera una gran cantidad de peso. Le expliqué que ambos parecíamos enfermos porque estábamos decididos a buscar a Dios con todo nuestro corazón a través de la reforma pro-salud.

«¿Tengo razón al decir que usted ha seguido el modelo regimentado de reforma sanitaria del señor Gaulin?», preguntó. Cuando le dije que tenía razón, comentó que conocía el concepto de reforma sanitaria del señor Gaulin, y lo consideraba un tipo de salvación por logros.

El pastor Rochat, en su forma amable y cristiana, explicó lo que él llamó «el plan perfecto de salvación de nuestro Padre celestial». Dijo que «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). A continuación, citó Tito 3:5: «Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo». Luego me mostró con las palabras del mismo Jesús que la única manera de llegar a Dios Padre es a través de Cristo. «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6). Me dijo que, a medida que la creencia en el poder de Cristo para salvar había disminuido con el paso de los años, la práctica de la salvación por obras se había infiltrado en la iglesia cristiana. Luego, durante el siglo XVI, Martín Lutero se levantó contra esta enseñanza y comenzó la Reforma Protestante.

De pronto, me pareció que por fin mi mente se había aclarado. La nube de incertidumbre que me había ensombrecido durante tanto tiempo se había desvanecido. «Gracias por ayudarme», le dije. «¿Tengo razón al decir que mi fe en el poder de Cristo para salvar ha llegado a su punto más bajo, y que mi práctica de la salvación por medio de logros revela ese hecho?».

El pastor Rochat me miró directamente a los ojos y me dijo: «Hermano Morneau, si el Espíritu de Dios está trayendo esta convicción a su mente, debe estar en lo cierto». Fue una experiencia asombrosa que cambió mi vida para siempre. El Espíritu de Dios sanó mi mente, anteriormente paralizada por el extremismo y el fanatismo, y la llenó de una nueva medida de amor por mi Padre celestial. Su plan perfecto de salvación ahora me poseía. Un nuevo sentido de apreciación por lo que Cristo había logrado en el Calvario para mi redención llenó mi ser.

Mis oraciones adquirieron un nuevo significado. Cuando empecé a ver que el Señor bendecía las vidas de las personas por las que oraba, eso trajo paz y satisfacción a mi vida. Mis ventas comenzaron a mejorar a medida que el Espíritu de Dios se movía sobre la gente para hacer que desearan mis libros. Estaba vendiendo más libros que nadie y, después de un par de años, los líderes de la editorial de la conferencia me pidieron que supervisara a todos los colportores de la provincia de Quebec. Rechacé la oferta. Para entonces, nuestro hijo mayor tenía 5 años, y pronto tendría que ir a la escuela. Como nuestra iglesia no tenía una escuela en Montreal en ese momento, nos mudamos a Ontario, permanecimos allí durante un año y luego, en 1954, llegamos a los Estados Unidos.

Naturalmente, el señor Gaulin no podía aceptar el hecho de que la salvación venía únicamente por medio de Cristo. A pesar de su gran trabajo, se aferró a él con todas sus fuerzas. Un día le dije que el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. «¿De dónde sacaste esa afirmación?», me preguntó. «Seguramente no es de los escritos de Elena de White». «Así es», le respondí. No era de sus escritos, sino de la Biblia (Rom. 14:17).

Un domingo por la tarde llegó con cuatro libros bajo el brazo y anunció que no íbamos a hablar de la reforma pro salud, sino de algo mucho más importante para Hilda y para mí. Dijo que el objetivo era ayudarnos a mantenernos puros ante el Señor para que pudiéramos obtener Sus más ricas bendiciones. Cuando le pregunté

qué tenía en mente, repitió que se trataba de mantener nuestros cuerpos puros ante el Señor. Así que escuchamos lo que tenía que decir.

«Entiendo que has decidido no tener más hijos. ¿Estoy en lo cierto?» Cuando le respondí que ese era nuestro plan por el momento, continuó: «Me gustaría sugerir que vivan como hermanos, cada uno con su propia habitación, hasta que decidan tener un hijo nuevamente».

No tuve oportunidad de decir nada antes de que Hilda respondiera: «Señor Gaulin, siempre lo consideré una buena persona, pero ahora ha ido demasiado lejos al meter sus narices en nuestros asuntos. Señor, usted está viviendo un engaño y no queremos saber más sobre él. Estoy tan molesta que quiero que se levante, tome sus libros y se vaya a casa. Ya no escucharemos lo que tenga que decir». Y el hombre hizo exactamente lo que ella le pidió. Cuando Hilda y yo recordamos esa difícil experiencia, una oleada de agradecimiento llena nuestros corazones por la forma en que el Señor nos sacó del engaño del señor Gaulin. Allí estábamos, escuchando a un hombre que tenía una creencia exagerada, que mantenía a pesar de la evidencia incuestionable de lo contrario. Y sin la intervención del Señor, fácilmente podríamos haber caído en un curso aún más destructivo.

Así es como David Koresh llevó a un gran número de personas a una muerte en el fuego. Y no podemos dejar de pensar en Larry Cottam y su esposa, Leona, de Nuangola, Pensilvania, quienes dejaron morir de hambre a su hijo de 14 años, Eric, en un largo ayuno. «El cuerpo de 1,78 metros de altura se debilitó hasta quedar en tan solo 30 kilos», escribió el periódico de Wilkes-Barre, Pensilvania.

«La muerte de Eric puso fin al ayuno de la familia, que se había llevado a cabo a pesar de tener 4.000 dólares ahorrados... Cottam, un ex pastor adventista del séptimo día informó a la policía sobre la

muerte de su hijo el 4 de enero». El incidente fue una gran noticia en la zona de Binghamton, Nueva York, donde vivíamos en ese momento. Estaba a sólo 60 millas de la tragedia.

Según el periódico Wilkes-Barre: «Los problemas financieros de los Cottam comenzaron en marzo de 1988, cuando Cottam perdió su trabajo como camionero en una disputa con su jefe». Nuestra estación de radio local informó que Larry Cottam había perdido su puesto como ministro debido a su extremismo y sus opiniones fanáticas. Había convencido a su esposa de que si Eric moría, el Señor lo resucitaría. Nuevamente, cito del periódico Wilkes-Barre: «En un juicio que duró siete semanas, los fiscales del condado de Luzerne afirmaron que Larry y Leona Cottam deberían haber tomado medidas distintas a la oración para evitar la muerte de Eric y la desnutrición de la hija de Laura. Un jurado deliberó menos de dos horas antes de declarar culpables a los Cottam, el 8 de septiembre, de asesinato en tercer grado».

Es cierto que el extremismo y el fanatismo paralizan la inteligencia. Después de nuestra experiencia con el señor Gaulin, tardamos unos meses en volver a la normalidad. Oramos mucho y pedimos al Señor que nos guiara para poner nuestras prioridades en el orden correcto.

En el campamento de ese año, un ministro de edad avanzada me ayudó mucho. Me explicó cómo había pastoreado a sus congregaciones a lo largo de los años para que no llevaran la reforma pro-salud a los extremos. El pastor sugirió que siguieran el siguiente orden de prioridades:

Amor a Dios.

Celo por su gloria.

Amor por la humanidad caída.

«El amor a Dios, el celo por su gloria, y el amor a la humanidad caída trajeron a Jesús a la tierra para sufrir y morir. Éste fue el poder que controló su vida. Nos invita a adoptar este principio» (El Deseado de todas las gentes, pág. 330).

Proveer para la propia familia.

Éste es un principio del más alto orden ante Dios: «Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo» (1 Tim. 5:8).

Reforma de salud.

Aunque debemos preocuparnos por una vida saludable, me aseguré aquel anciano ministro, nunca debemos permitir que ésta ocupe el lugar de esos otros principios de justicia. Romanos 14:17 dice: «El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo». Aquel hombre de Dios afirmaba que no conocía a nadie que hubiera llegado a los extremos con la reforma pro salud después de haber establecido sus prioridades en el orden antes mencionado. Pero había visto a muchos del pueblo de Dios que habían invertido la prioridad número uno con la quinta y, por lo tanto, estaban transgrediendo sin saberlo el primer mandamiento. Como resultado, su andar cristiano no era tan gratificante como debería haber sido.

He aprendido por experiencia que Dios no espera que aflijamos nuestro cuerpo para llamar su atención o lograr su favor, sino que desea que demostremos nuestro aprecio por lo que ya ha hecho por nosotros al aceptar la redención que compró a tan alto precio en el Calvario.

«Algunos parecen creer que deben estar a prueba y demostrar al Señor que están reformados antes de poder reclamar su bendición.» «Muchos están cometiendo un error... Esperan vencer por sus propios esfuerzos, y por su bondad obtener la seguridad del amor de Dios. No ejercen la fe; no creen que Jesús acepta su arrepentimiento

y contrición, y por eso trabajan día tras día sin hallar descanso ni paz» (Obreros Evangélicos, 414, 440).

UN LLAMAMIENTO A LOS EX ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA

A aquellos de ustedes que han abandonado la Iglesia Adventista del Séptimo Día porque se desanimaron, porque simplemente no pudieron hacer todas las cosas que algún miembro demasiado entusiasta les dijo que debían hacer para agradar a Dios y recibir Su bendición, ¡por favor regresen! Y a aquellos de ustedes que se desanimaron porque observaron que algunos de los miembros que tenían en alta estima practicaban la salvación por logros, y les hubiera gustado hacer todas las cosas que ellos hacían, pero no pudieron obligarse a seguirlos, y por eso decidieron distanciarse de ellos, tal vez incluso abandonar la iglesia, ¡por favor regresen! El Señor Jesús está a punto de regresar y reunir a Sí a aquellos redimidos diariamente por los méritos de Su sangre derramada. Él quiere que nos preparemos para un magnífico viaje a través de las galaxias hasta el hogar de nuestro Padre celestial en el centro del universo. Únanse a mí, queridos amigos, en la preparación para ese gran evento.

Atentamente, Roger J. Morneau

UNA ACLARACIÓN

Quiero dejar perfectamente en claro que escribí este capítulo únicamente con el deseo de intentar, por la gracia de Dios, salvar a un gran número de personas que han abandonado la Iglesia Adventista del Séptimo Día por las razones mencionadas anteriormente, y ayudar a quienes podrían estar considerando lo mismo a reconsiderar lo que planeaban. En cuanto a los Adventistas del Séptimo Día que han aceptado la oferta de salvación de Jesús únicamente por medio de la cruz, no estoy tratando de hacer que

cambien su manera de vivir, ni de impedirles que hagan ninguna de las muchas cosas justas que bendicen sus vidas.

Me duele el corazón al leer cartas de padres ancianos que cuentan cómo sus hijos adultos han dejado la iglesia sintiendo que el camino adventista no puede salvarlos. Y un gran número de ellos deciden después de partir que, puesto que de todos modos perderán la vida eterna, lo mejor es que se vayan al mundo y disfruten al máximo. Por favor, créanme, quiero animarlos, queridos individuos, a que regresen a la iglesia que guarda los mandamientos de Dios. El Señor me ha hecho entender que, como ex adorador del diablo, le debo a Él ayudar a quienes han renunciado a Dios.